

Rebobinando recuerdos

Autora

Marina Saro Sanz

Accésit

Categoría B • 19-30 AÑOS

2014

Autora

Marina Saro Sanz

Cantabria, 1992

Vivía y estudiaba en Lituania cuando vio la oportunidad de escribir este relato, después volvió a Madrid, donde terminó sus estudios de Periodismo y Comunicación Audiovisual. Y allí sigue viviendo y trabajando. Podría haber terminado siendo locutora de radio, sueño frustrado de su madre, pero los derroteros de la vida le llevaron a dedicarse a la producción audiovisual. Tras años de andaduras en la producción de programas para televisión, en TVE, Mediaset y Atresmedia, ahora trabaja en el ámbito publicitario, rodeada de creatividad y gente que escribe.

REBOBINANDO RECUERDOS

Marina Saro Sanz

Para una mente matemática y escueta en palabras como la mía, pensé que me adaptaría muy bien a aquel trabajo y contribuiría positivamente a mi economía. Así que llamé al número de teléfono que indicaban en el anuncio y quedé con el hombre de la voz insípida y apagada que contestó. Estaba muy emocionado. Después de considerable tiempo encontrando ofertas de trabajo de camarero y demás empleos en los que es requisito imprescindible relacionarse con mucha gente –lo cual realmente me molesta–, finalmente había encontrado el trabajo perfecto: Implicaba únicamente tranquilidad, nivel de actividad muy reducido, relaciones con apenas tres personas, dinero extra... Francamente, no podía ponerle pegas.

Pues bien, allí estaba yo, justo frente a la entrada de la elegante cafetería en donde habíamos quedado: ¡diez minutos antes de lo acordado y vestido con cierto estilo despreocupado pero elegante, lo suficiente para causar buena impresión!

–Usted debe ser el joven matemático que quiere cuidar a mi madre –dijo aquella voz tan sosa a la que finalmente pude poner cara.

–Sí, supongo que sí –contesté-. Encantado de conocerle y muchas gracias por su oferta. Me alegra haberle causado tan buena impresión y merecer su confianza.

Él pareció ignorar mis gestos de amabilidad y hasta mis palabras, y fue directamente al grano: salario, horario, normas... ¡yo no pude estar más de acuerdo! Y así fue como aquel día gris y sombrío en el que estuve esperando al aburrido hombre de la pipa que parecía salir de una estampa del siglo XVIII, se convirtió en una perfecta y feliz jornada para celebrar y preparar mi primer día de trabajo.

Allí estaba yo el primero de octubre, llamando a aquella puerta de madera oscura que daba entrada al edificio en el que vivía la señora, el cual no podía ocultar su refinado estilo inglés. ‘Es indudable que pertenecen a una familia con posibles’, pensaba yo justo al tiempo que Edward me abrió la puerta:

–Buenos días, Thomas, le estamos esperando, suba.

Cuando llegué arriba, él estaba en la entrada:

–No nos entretengamos, yo le estaba esperando pero ya tengo que irme a la oficina –dijo sin separar un instante la pipa de sus labios.

–Quédese tranquilo, Edward –dije sonriendo-. Que tenga una buena tarde.

Vi como él se iba, antes de cerrar la puerta y allí me quedé yo solo con la señora. Estaba sentada en una elegante butaca tapizada en un color guinda que combinaba con el resto de la sala: un espléndido salón comedor, con grandes ventanas, elevados techos y, como todo lo demás, dentro de los cánones del más distinguido y puro “estilo señorial”.

–Buenas tardes, señora Gilbert, soy Thomas. Su hijo me ha contratado para acompañarla por las tardes y yo trataré de ofrecerle la mejor compañía posible. Cualquier cosa que necesite o que desee hacer, no dude en pedírmelo –me presenté estrechándole la mano.

Pero ni obtuve respuesta ni ella estrechó su mano contra la mía. Simplemente siguió mirando impasible por la ventana, no sé si fingiendo que no me oía. Algo violentado por la situación, me senté en el sillón que había frente a ella y comencé por contarle

alguna cosa sobre mí y de formularle algunas preguntas sin mucha importancia, con el simple fin de entablar una conversación, pero seguí sin obtener respuesta alguna. Pasé toda la tarde tratando de que la señora pronunciase una palabra y nada. Seguramente esa fue la primera vez en toda mi vida que hablé tanto y tan seguido, y no obtuve ningún resultado.

Al llegar la hora de la merienda, simplemente le ayudé a trasladarse a la mesa, le serví lo que me habían dejado preparado, recogí la mesa y, en definitiva, puse todo de mi parte y ¡NADA! Me pregunté si todos los días iban a ser como aquel.

No sabía exactamente que le habría pasado a esa mujer, pero de lo que estaba casi seguro, es de que su hijo, probablemente con mejores ocupaciones, estaba ya cansado de cuidar de ella. Pensé que probablemente la señora Gilbert, ya bien entrada en los ochenta, estaba padeciendo los inicios de un Alzheimer o algo similar y que su hijo me había contratado para que la mantuviera en contacto con el mundo actual, para que “entretuviese” su mente.

A mí me parecía que ella no respondía a estímulo alguno y yo no sabía qué más hacer ni de qué más hablar. ¡Y las horas se me hacían interminables hasta que llegaba la enfermera a las 8 de la tarde! “Si al menos fuese verano podría llevarla a pasear, pero en invierno ni pensarlo” me decía a mí mismo. Probé de todo: algún día me compraba el periódico y lo leía en voz alta, otros ponía música de todo tipo que iba comentando, si era lunes le contaba en qué había invertido mi fin de semana, a veces simplemente le hacía preguntas que jamás recibían respuesta... Resultaba muy aburrido y exasperante. Y las semanas pasaban y yo no sabía qué más hacer.

Un día, como las propuestas de conversación se me habían terminado, decidí llevar la novela que me tenía tan enganchado para simplemente leerla en voz alta. Yo estaría entretenido e incluso, a lo mejor, si había suerte, a ella le gustaba también la historia. Me encontraba leyendo cuando la postal que usaba de marca páginas se escurrió de entre las hojas, cayendo a sus pies. Y para mi gran sorpresa, ella la miró, ¡ella por primera vez movía su vista de la ventana!

–Vaya, mi postal, ¿le gusta? –pregunté, solo por ver si se animaba a hablar-. Me la enviaron desde Las Landas, en Francia. Cuando tenía unos diecisiete años pasé un verano allí en una familia de esas que acogen a estudiantes de francés, y la hija me la envió tiempo después... Éramos muy buenos amigos –le expliqué.

Me resultaba increíble pero la señora mantuvo la mirada fija en la postal y parecía que de verdad me estaba escuchando. Su ceño fruncido la hacía tener un certero aire de concentración. Fue por eso que consideré que sería buena idea contarle más sobre aquella parte de *mi historia*: desde la difícil llegada a aquella desconocida familia que sería “mi familia” durante los meses de verano, hasta que llegó el triste momento de irme y separarme de Pauline, la hija casi de mi edad: una joven de brillante sonrisa, con quien congenié más que bien y quien me enseñó todos los rincones de las Landas, me preparó excursiones y días de picnic en la playa y en el río, en sitios muy especiales y tranquilos, y, en resumidas cuentas, quien hizo de mi verano algo increíble y para recordar...

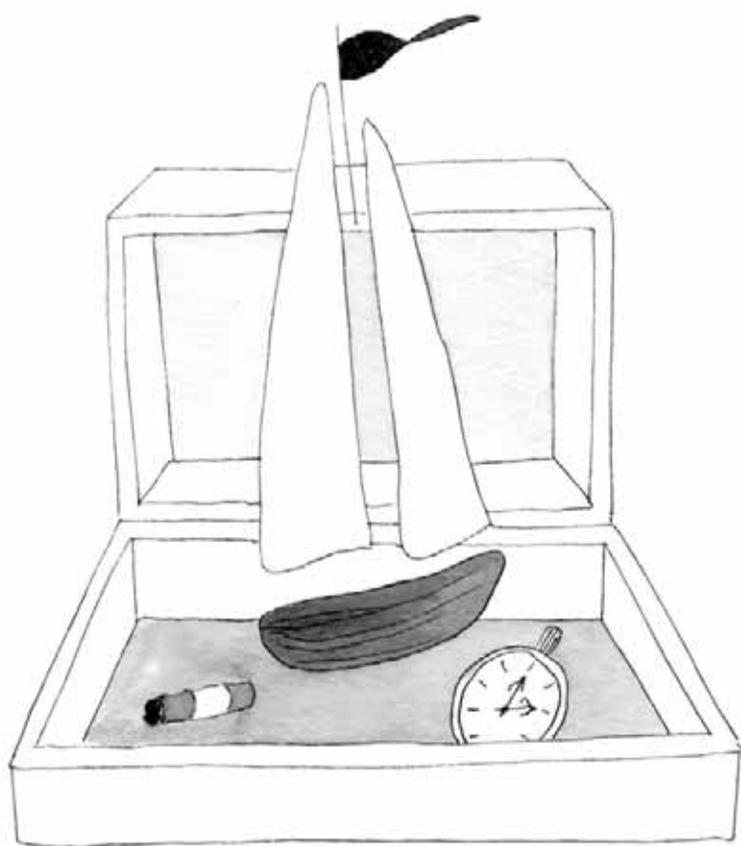
–Y dos años después, cuando ya habíamos perdido bastante contacto, me llegó esta postal, y con ella, todos aquellos buenos recuerdos y emociones volvieron de nuevo... y también cierta nostalgia, pues reconozco que ella ha sido una de las personas que me ha dado más felicidad –le expliqué a la anciana pensativo y mirando la postal que sostenía en mis manos-. A veces me pregunto si debería haber vuelto a aquel pueblecillo a buscarla.

El caso es que con la historia de mi verano en Francia y sin darme cuenta había sobrepasado el momento de marcharme.

–Buenas tardes, señora Gilbert; buenas tardes, Thomas –nos saludó Claire, la enfermera, tan sonriente como siempre-. ¿Ha ocurrido algo, Thomas? Te has quedado hoy más tiempo que otras veces.

–Uhm... nada. No te preocupes, no me di cuenta de la hora –contesté con aire pensativo-, pero ya te dejo con la señora Gilbert para que hagas tu trabajo –añadí sonriendo a modo de despedida.

No podría dejar de pensar... ‘¿Qué pude haber dicho para causar



esa reacción tan expresiva en la anciana? A lo mejor nunca le había contado algo de manera tan entusiasta. Pero de cualquier forma, ¿Qué le importa a ella mi verano en Francia?’, no dejaba de repetirme.

Todas mis dudas quedaron resueltas al día siguiente, cuando llegué a trabajar y la señora Gilbert me estaba esperando con una postal en la mano.

–Buenos días señora Gilbert, ¿qué tiene usted ahí? Por lo que veo no soy el único que tiene postales, ¡eh! –saludé sorprendido.

Pero ella no dijo nada. Simplemente me miró y movió la mano con la que sujetaba su postal, como queriendo corroborar lo que yo estaba diciendo.

–Sí, si... Ya veo que usted también tiene una postal, señora Gilbert –sonreí-. ¿Quién se la envió? ¿Me va a contar su historia?

Pero ella volvió su mirada a la ventana, como cediéndome a mí el turno de palabra. En ese momento, me pareció increíble no haber escuchado la voz de la vieja en los cinco meses que llevaba trabajando allí.

–De acuerdo, intentaré adivinar y veremos si me equivoco mucho o no –dije.

Como respuesta me miró de reojo y volvió a centrar su mirada en la postal. Estaba muy manoseada y algo había escrito en ella, pero estaba tan borroso que no se podía leer. Fue por aquellos detalles que intuí que la señora llevaba muchos años guardando aquella postal. Sin pensarlo dos veces, me dispuse a poner voz a lo que podría ser la historia de aquella tarjeta, conviniendo que según los gestos que ella fuese haciendo, yo podría adivinar si mi narración iba por el camino acertado o no.

En la postal se veían tres cajitas de madera abiertas y cada una de ellas tenía diferentes objetos en su interior. Comencé por la del lateral izquierdo, quizás condicionado por la dirección que seguimos al leer. Dentro de ella había un pequeño barco de vela, un puro y un reloj de bolsillo.

–Imagino que esta caja podría guardar los recuerdos de un amor imposible: el de un hombre aventurero, perteneciente a una clase

social distinta a la de su enamorada, con una economía más estrecha. Dadas sus circunstancias económicas y como mucha gente hizo en aquellos tiempos, quizás decidió embarcarse en uno de esos barcos en los que la gente marchaba a las Américas con la esperanza de hacer fortuna. El destino elegido podría haber sido La Habana, y de ahí que la caja guarde un puro. La cuestión podría ser que aquel hombre de mundo la dejó embarazada de su hijo, por lo que ni siquiera el paso del tiempo, que está representado con el reloj, puede hacer que usted le olvide –dije sin dudar ni un instante.

La anciana, por supuesto, no pronunció ni una palabra, pero sí me miró fijamente a los ojos por primera vez, hasta que ya, con ellos vidriosos por las lágrimas, volvió su mirada al suelo.

Tomé aquel gesto como un “sí” que corroboraba mi narración.

–De acuerdo, veamos a ver qué hay en la cajita del medio –dije cuando la señora Gilbert aún mantenía su mirada clavada en el suelo.

Esta segunda caja contenía una pipa y una brújula.

No cabía duda de que representaba a su hijo, quien, con toda certeza sería su segundo gran amor. Pero quien también, de algún modo, podría ser su segundo “imposible amor”, si se consideraba que no parecía tener demasiadas ganas ni tiempo para pasar con su madre. Además, en las mesas del salón había varios marcos con fotos de tiempo atrás, en blanco y negro. En todas ellas podía verse que Edward, aun joven, ya fumaba en pipa. Entonces ¿a quién sino iba a representar la caja central de la postal?

–No estoy seguro, señora Gilbert, pero quizás la brújula podría hacer referencia al hecho de que cuando Edward nació usted se vio obligada a encauzar su vida por otro camino muy distinto del que le hubiese correspondido por su status y habría tenido que luchar sola, con su bebé, para salir adelante en medio de una sociedad llena de prejuicios y que le daba la espalda –se me ocurrió añadir.

De algún modo notaba que ella seguía mostrando interés por lo que yo iba diciendo. Fue la primera vez que parecía responder a estímulos, y por ello yo entendí que no iba del todo desencaminado.

Pero mi narración aun tenía que completarla con la última caja y ésta era la más complicada: contenía un telescopio y una brújula.

No se me ocurría qué decir de ella. Pensé que por una vez, mi compañera de tantas tardes, ya que parecía que mostraba interés, podría ayudarme con la historia, pero estaba totalmente equivocado.

—De acuerdo, ya veo que usted no va a decir nada —dije un poco molesto—. Yo diría que... A ver... Teniendo en cuenta que las dos primeras cajas representaban a los que podríamos llamar ‘sus dos amores’ del pasado (aunque su hijo siga estando en el presente), si querer ser pretencioso, ¿por qué no podría ser yo el reflejado en la última caja? Con humildad creo haberme convertido en la persona encargada de tratar de recuperar su mente —sugerí. Con un ficticio telescopio he sido capaz de adentrarme en sus memorias y con la brújula, también ficticia, me he ayudado para buscar y rescatar sus recuerdos, esos que, con toda certeza, le hacen persona y le alejan del *ser vegetal* en el que casi está convertida si continúa permitiendo que ellos le abandonen —dije en un halo de inspiración.

La anciana se quedó mirándome fijamente, pero justo en ese momento Claire entró en la habitación, salvándome de lo que podría haber sido una situación incómoda, pues la señora Gilbert mostró con su mirada que yo estaba en lo cierto. No habría sabido qué decirle después de haber comprobado la certeza de mi descubrimiento. Después de un rápido pero educado adiós, salí como perseguido en dirección a casa.

Me he preguntado cómo pudimos haber llegado a ese punto... Me he preguntado por esta anciana aferrada a una tarjeta postal que resultó representar una vida, *su vida*, de la que ella casi ya no formaba parte activa pero de la que, al mismo tiempo y tristemente, no podía deshacerse. Una anciana aferrada a una postal tan fuertemente como lo hace un naufrago a trozo de madera, buscando su salvación, intentando quizás descifrar el significado de una última cajita durante toda una larga vida.

Me he preguntado por mí, que, sin haberme dado ni cuenta, me había convertido en su ¿tercer amor? al inventarme unas historias que curiosamente y contra todo pronóstico, resultaron no ser del todo inventadas...

Al día siguiente de aquello, Edward me llamó a primera hora de la mañana expresándome efusivamente sus agradecimientos por el trabajo realizado. Ya no necesitaba que fuese a cuidar más de su madre...

Yo nunca he dudado de que aquella decisión fue tomada por ella: sin duda yo había cubierto y desvelado el significado de la tercera cajita. Con seguridad ella debió sentir que todos sus amores estaban destinados a salir de su vida y, de algún modo, a desaparecer. Por ello yo debía abandonarla también.

Nadie me había avisado de que una vida entera puede estar contenida en una sencilla y manoseada postal, que espera pasivamente en un espacio tan reducido como el de un cajón de escritorio, a encontrar un sentido, su sentido.